

A sepia-toned photograph of a group of people. In the foreground, an elderly woman with white hair and a dark sweater is on the left, and a young woman with dark hair in a light-colored sweater is in the center. Behind them, a man with glasses and a woman are visible. The text 'Memoria fragmentada' is overlaid in yellow on the upper part of the image.

Memoria fragmentada

2: Madrid

Carlos Maza Gómez

***Memoria
fragmentada***

2

Madrid

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez 2007
Todos los derechos reservados

1

Estuve viendo ayer viejas fotos familiares. Durante días dudaba sobre si continuar o no este relato. ¿A quién le importa realmente? ¿Para qué lo iba a escribir? Tal vez fuera mejor salir a la calle, recorrerme las aceras, buscar a un amigo, pasear con mi mujer, no sé, cualquier cosa. Vivir apaciblemente, dejar que el tiempo se vaya apoderando de nosotros lentamente, que invada cada rincón de la memoria hasta dejarlo convertido en algo cálido que nos acompañe en el próximo invierno, cuando la lluvia nos haga desistir de salir. Contemplar las fotos, ver vuestras caras, saber que me miráis con la misma edad que yo tengo ahora aproximadamente. Pero las veo, la sonrisa de cada uno en aquella lejana reunión familiar, y me quedo triste porque os recuerdo, recuerdo los años que pasé a vuestro lado. Con la edad voy sintiendo más cómo fue vuestra vida, cuáles las muchas cobardías, las debilidades y el desamparo. Empiezo a comprender lo sucedido, sentirlo con el corazón, no con la cabeza. Ahora no tengo doce, quince o veinte años. Ahora ya me he equivocado mucho en mi vida, se me han ido las horas, lentas como si fueran oportunidades de vivir que llegan a un callejón sin salida. Pienso en vosotros, entre los cuales discurría mi vida como un segundo marco de referencia tras el más

estrictamente familiar. Aquellas largas reuniones familiares en casa de Raquel, la tía más pequeña, cuando las conversaciones saltaban de uno a otro y yo comía, picoteaba y explicaba cómo iban mis estudios a quien se interesaba. Vuestra sonrisa complaciente hacia el sobrino que había nacido tan lejos, ahora por fin entre vosotros. Veo la sonrisa y se me parte el corazón porque recuerdo cuándo se borraron, cómo os llegó la muerte a cada uno de vosotros, el grito de mi tío Juan, el dolor en el pecho de aquella mujer que me mira sonriente en la foto. No sabíais hacia dónde iban las cosas como yo tampoco lo sé, dónde iremos a parar todos, al olvido tras el sufrimiento, al acabamiento final de todas las esperanzas.

Pero mientras tanto estáis ahí, en la foto. Sois relativamente jóvenes, aún no ha llegado el fracaso para devoraros, la incertidumbre, los años tristes de la vejez. Aún la vida parece respetaros y os sentáis unos junto a otros contando las incidencias de los hermanos que no están, los hijos que no han podido venir, de cómo van vuestras cosas. Luego alguien dice, vamos a hacer una foto, sentaos, a ver, mirad aquí. Mi padre, siempre teatral, adoptando poses de hombre de estado, sosteniendo una maceta, mostrando un langostino. Juan con su eterna sonrisa que un día, muchos años después, vi desaparecida en una foto que le hicieron pocos días antes de ser ingresado en un hospital. Raquel al fondo, abrazando a dos miembros del grupo, ese dolor que te arrasa el pecho y así vas cayendo lentamente hacia el suelo agarrando la cortina de baño igual que en aquella película de Hitchcock. Tenéis cuarenta, cincuenta años,

no sabéis nada del final, vivís ajenos a lo que la vida os depara después, tratáis de ocultar secretos, como todos, como yo mismo. Es vuestra vida la que veo pero es la mía en la que pienso.

Tengo vuestra edad de entonces y también un hijo de la edad que yo tenía en aquellos tiempos, cuando me sentaba a vuestro lado. Ha venido mi hermano a visitarme con su mujer, con sus hijos, hemos ido de paseo, comimos en casa, nos hicimos fotos. Al fondo la biblioteca y mi hermano sonrío, le paso el brazo por el hombro. No sabemos nada, ni la enfermedad de su hija ni mi propia inestabilidad, mis dudas, el desconcierto. Así que hablaré de vosotros y contaré de mí, de aquellos momentos dulces de la vida en que ves a alguien querido, otros hermanos, cuando te sientas frente a un plato de paella, un buen vino, te dices, qué buen momento éste, qué buen rato vamos a pasar, dime, cuéntame cómo te va, dime, cómo te trató la vida. Cogemos los cubiertos y nos miramos con el corazón tranquilo y contento, me alegro que hayas venido, que estés a mi lado, siempre tan lejos como andamos el uno del otro, anda, deja que te sirva un poco más de vino, es un Rioja del que tanto nos gusta, no me digas que no puedes, vamos, olvida el régimen por un día. Contemplar sus manos sobre el mantel, se ha quedado en mangas de camisa y veo su cara reflejada en el cristal de la biblioteca. Pienso, si nuestra madre estuviera, si mi padre entendiera, tal vez pudiera sentarse en la cabecera, volver a ser aquel que fue repartiendo gaseosa, agua con burbujas, como los chicos lo llamábamos. Luego mi

mujer dice, poneros, os voy a hacer una foto, aún no hemos tomado el café pero nos levantamos y yo le abrazo, pese a ser más bajo, y pienso qué suerte tenerle, poderle abrazar, sentir los viejos lazos familiares tendiéndose entre nosotros, es un hilo y otro hilo que nacieron casi juntos y juntos permanecen allende las distancias, más allá de todo un océano.

No sé qué será de nosotros, qué será de mí, cómo nos tratará la vida, qué desgracias acechan, algunas que ya vinieron, otras que esperan larvadas en el seno del futuro. No sé si habrá otros años buenos, aún tendremos que vernos más, hacernos alguna foto distinta, en otro marco, tal vez junto a nuestro padre, vencido, acabado, sin recuerdos. No me quejo, no. Ahí está la vida de todos, los años que vivimos, a todos se nos lleva por delante el paso del tiempo, para nadie hay piedad, para nadie. No la hay para mi hermano ni para mí, no la hay para mi padre, allí, derrumbado en una silla, con la cara vacilante por la que pasa una rara expresión que recuerda a otros tiempos. No hubo piedad para los tíos que sonríen en la foto, que están gozosos, divertidos, la mesa llena de cosas ricas, langostinos, cigalas, entremeses. Mi padre que coge un langostino con la mano y se lo enseña a la cámara, vamos, vamos, deja eso, venga, saca la fotografía, mi tío Juan sonríe, Rafita, Raquel lejos de su final solitario, ahora acompañada, feliz, pensando que tiene a todos en su casa, el calor de la familia que tantos años le faltó, cuando se arrastraba solitaria por todo tipo de sitios, algunos tan poco recomendables, cuando

terminó en la cárcel, cuando se entregaba a los hombres para poder vivir.

A todos los veo ahora y siento con ellos el paso de los años, la muerte agazapada, la quiebra de las ilusiones, el gozo que termina, la risa que se apaga. He recorrido el cementerio hace meses. Visité la tumba de mi madre y luego fui paseando por allí, hice fotos incluso. Hay rincones de una belleza extraordinaria, patios de hace cien años o más, panteones que se elevan al cielo como casas, esculturas de ángeles, de mujeres que lloran. Rastros de vidas olvidadas. Fui paseando entre ellas, leí nombres que ya nadie pronuncia, ante los cuales no hay ningún familiar que acuda para limpiar el verdín, las hojas caídas, pasar la mano por las letras desvaídas, ver cómo pasa el tiempo también para ellas, que están escritas en piedra. Sobre todos nosotros pasa el tiempo, implacable, sobre nuestras sonrisas y la felicidad, sobre la alegría de encontrar a un hermano, comer con él, preguntarle cómo estás, cómo te ha ido. Ni siquiera las letras sobre una piedra se conservan. Allí, envueltas en un eterno silencio sólo alterado por el lejano tráfico, se van convirtiendo las lápidas en piedras informes, los panteones en monumentos ridículos al encumbramiento, la ostentación. Ahora que nadie pasea por ellos, cuando nadie los habita, los muertos olvidados para siempre.

En cierta ocasión le dije a mi padre que me llevara a ese otro cementerio, ya que quería ver la tumba de mi abuelo Juan. Luego le pregunté, ¿hay alguien más enterrado aquí? Él dijo sí, ahora me acuerdo, Raquel me

lo dijo, que aquí estaba enterrada una tía lejana, una que vino a Madrid de joven, a principios de siglo y murió a los pocos años. Fuimos caminando por un sitio, por el otro, no había rastros, todos los senderos parecían el mismo, las rotondas iguales. Llegamos al final de una serie de tumbas alineadas y decía mi padre, era por aquí, era por aquí, recuerdo que me lo dijo. Repetía las señas y todo encajaba, la fuente, la rotonda de la que partían varios caminos. Empezamos a buscar, mi madre cansada, mi padre a remolque mío. Fui revisando una a una las tumbas y luego pensé que no tenía por qué, yo no había conocido a aquella mujer, mi propio padre apenas recordaba su existencia, ni siquiera llegó a conocerla al morir tan joven. Mira, dije finalmente, ésta debe ser. Cogí una piedra y fui rascando todo el musgo que había crecido sobre las letras que, pese a ello, estaban muy borrosas. Se acercó mi padre y fue leyendo mientras yo rascaba una y otra vez, pronunció su nombre y dijo ésta es, no rasques más, no merece la pena. Me levanté y nos quedamos mirando, él musitó una oración. Yo pensé, qué soledad hay aquí, qué día tan hermoso. Porque era el mes de abril y ese mes siempre está cargado de esperanzas, del renacer de la vida. Qué fue de ella, pregunté. Mi padre se encogió de hombros pero me dijo que casi no sabía nada, tan sólo que vivía en un pueblo castellano, Medina de Rioseco, de donde era su propio abuelo, el músico, de cuya fama familiar heredó aquellos años de obligación pianística. Que había viajado a Madrid muy joven, quería trabajar, conocer a un buen chico, casarse, todo eso. Se alojó con una prima suya, algo más mayor,

se puso a fregar pisos, salía por las tardes. Pero algo se torció, no sabemos lo que nos depara la vida, todo se nos pierde aunque tratemos de comprenderlo, de agarrarlo, decir cómo es, qué pasará. Ella no podía imaginar que se iría enamorando del marido de su prima, que espiaría quizá sus movimientos, que temblaría toda al ver su mano sobre el mantel a las horas de la comida, su sonrisa cuando le hablara, le dijera, cómo te fue, cómo te ha ido en el trabajo, ¿sales esta tarde?. Ya no sé si hubo más, dónde llegaron las cosas pero una mañana la encontraron en su cuarto y estaba muerta, con un frasco al lado de cualquiera sabe qué cosa, algún raticida tal vez, alguna medicina peligrosa.

Casi cien años después iba limpiando su tumba, deletreando su nombre, diciendo ésta es, sí, parece un milagro haberla encontrado. Alguien alejado que limpia su lápida, un hombre que reza junto a ella, mi madre que mira impaciente, qué hacemos aquí, quién es esta señora. Mi padre vuelve a explicar y ella, tengo los pies cansados de andar, vamos, venga, vayámonos de aquí. Y luego emprendemos el camino de vuelta, luce el sol, brilla la vida. Me pregunto qué pasó por su cabeza, por qué el amor puede rompernos, el deseo, la falta de esperanzas. Qué hubiera sido de su vida de otro modo, si hubiera ido a otro lado, una pensión o cualquier otro lugar. Si no se hubiesen cruzado sus miradas, si antes de eso un chico joven se hubiera encontrado en su camino, le hubiera dicho, dónde vas que te acompaño, déjame que te invite, paseemos. Con el tiempo sus manos se enlazarían y la vida sería otra, no estaría ahí donde yo la

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

